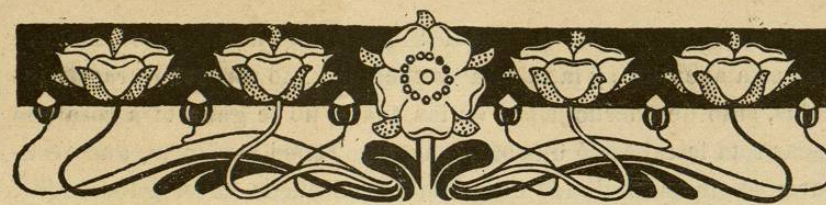


prometieron ^a que el escudero haría todo aquello que de su parte le fuese mandado.

«— Pues, en fe de esa palabra, yo no le haré más daño, puesto que me lo tenía bien merecido.»

a. ...prometió. TON.

del cuadro, se las llama *desconsoladas señoras*, porque uno y el mismo era el temor y el desconsuelo que embargaba el ánimo de todas ellas, porque una y misma era la idea de señorío y hermosura que se representaba á los ojos del alucinado D. Quijote.»



CAPÍTULO X

De los graciosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza, su escudero ^a

Y A en este tiempo se había levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y había estado atento á la 5
batalla de su señor D. Quijote, y rogaba á Dios en su corazón fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo había prometido. Viendo, pues, ya ^b acabada la pendencia, y que su amo volvía á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y, antes que subiese, se 10
hincó de rodillas delante dél, y, asiéndole de la mano, se la besó y le dijo: «— Sea vuestra merced servido, señor D. Quijote mío, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que, por grande que sea, yo me siento con fuerzas de 15
saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo.»

a. De lo que más le avino á D. Quijote con el vizcaíno y del peligro en que se rió con una turba de yanguéses. C.^{1.2.3}, L.^{1.2}, V.^{1.2}, BR.^{1.2.3}, MIL., AMB. — Del dis-

curso que tuvo D. Quijote con su buen escudero Sancho Panza. TON., BOW. — Fitzmaurice-Kelly omite el epígrafe. = b. Viendo, pues, acabada. TON.

Línea 4. ...Sancho Panza algo maltratado de los mozos. — Pintada muy al natural la batalla entre D. Quijote y el vizcaíno, síguese, como paréntesis entre esta aventura y el suceso de los cabreros, un sabroso diálogo, que tal es el capítulo 10, en el que, sin dilatar la acción, se deleita no poco al lector con regocijada conversación, con la suave ironía de decir que *Sancho se levantó algo maltratado*, siendo así que los mozos de los frailes le habían molido á coces, dejándole sin aliento ni sentido.

Á lo cual respondió D. Quijote: «— Advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las á esta^a semejantes, no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante.»

Agradecióselo mucho Sancho, y, besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno^b y comenzó á seguir á su señor, que, á paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguía Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atrás, le fué forzoso^c dar voces á su amo que se^d aguardase. Hízolo así D. Quijote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: «— Paréceme, señor, que sería acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que, según quedó maltrecho aquel con quien os combatistes^e, no será mucho

a. ...y la á esta. C.₁, L.₁₂. — ...y las á estas. C.₂₋₃, BR.₁₋₂, AMB., BOW. =
b. ...subir sobre Rocinante y comenzó á seguir. TON. = e. ...le fué forzado dar

vozes. V.₁₋₂, BR.₃, MIL., AMB. = d. ...que le aguardase. TON. = e. ...con quien os combatisteis. A.₂, CL., RIV., GASP., MAI., FK.

1. «— Advertid, hermano Sancho. — Al encendido anhelo de Sancho por que á la victoria sobre el vizcaino se siga al punto entrar en posesión del gobierno de su insula, que por tal la tiene ya, opone D. Quijote, con majestad épica, con soberano desdén y cual si se viese nuevamente vencedor en más reñidas batallas, ante enemigos más poderosos y en más vasto campo, que éstas no son aventuras de ínsulas, sino de encrucijadas. ¿No hay aquí la imagen de los que, sin reputarse por locos, desdeñan la sencilla pero hermosa realidad, para correr desalados tras lo que, en resolución, viene á dar en las lindes de lo imposible y quimérico?

16. ...que, según quedó maltrecho aquel con quien os combatistes. — «La Real Academia Española no la admitió en las tres primeras ediciones de su *Diccionario* (como tampoco la trae Covarrubias, quizá por estimar que estaba fuera de uso); creyó luego aquélla sería oportuno consignarlo así, y, al efecto, se encuentra con la nota de *adjetivo anticuado* en las ediciones 4.^a, 5.^a, 6.^a, en las dos de la 7.^a y en la 8.^a De ant. la califican también D. T. Sánchez y Capmany. Cumpliósese más tarde la profecía de Horacio:

Mulla renascentur quae iam cecidere... (1)

y *maltrecho* ha vuelto á nueva vida: siendo recibido con palmas, se le ha quitado el sambenito de arcaico, y, presentado de este modo, aparece sin restricción alguna desde la 9.^a hasta la última edición; pero, entiéndase bien, en

(1) Epístola *Ad Pisones*, v. 70.

que den noticia del caso á la Santa Hermandad y nos prendan; y á fe que, si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel que nos ha de sudar el hopo.

— Calla, — dijo D. Quijote; — y ¿dónde has visto tú ó leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por más homicidios que hubiese cometido?

— Yo no sé nada de omecillos, — respondió Sancho, — ni en mi

todas ellas se le atribuye la equivalencia de *maltratado*, *malparado*, *veatus*, según la expresión latina. Que no fué otro el sentido de dicha palabra desde los comienzos del idioma, lo declaran, no ya el *Diccionario* de Terreros y el pasaje del conde Lucanor allí citado, sino éste y otros muchos ejemplos del mismo *Quijote*. Renovadas hoy las desventuras anejas á su propia significación, se ve de nuevo este adjetivo maltratado por los que, con infulas de *hablistas*, no pasan de la condición de *habladores*. Imagínense escribir como el mismo Cervantes si logran, venga ó no á cuento, que entre en sus escritos con preferencia á otros vocablos el de *maltrecho*. «¡Ah, — dicen para sus adentros, — el empleo de esta palabra nos acreditará de escritores castizos y elegantes!»

Ánimo, y, cuando tengamos que hablar de uno que llega algo fatigado del paseo, digamos que está *maltrecho*, y al punto cobraremos fama de entendidos y castizos. Á los viajeros que no han padecido daño alguno en sus personas, pero que regresan en verdad *asendereados*, pues sobre *hacer* el camino á pie hubieron de apartarse varias veces de la carretera para dejar paso al tropel de gente que en pos de ellos venía, les presentaremos, aunque fuere menester sacar de quicio la genuina significación del vocablo, diciendo que están *maltrechos*.» (De nuestro *Arte de componer en lengua castellana*, pág. 141. Barcelona, 1901.)

7. — Yo no sé nada de omecillos. — Al argumento de D. Juan Calderón, que á veces llamárasele el sutilísimo Scoto del *Quijote*; al argumento de que *catan omecillos* vale tanto como *guardar odios ó rencores*, y que tal fué el sentido en que tomó Sancho la voz *omecillo*, y no el de que jamás *había procurado la muerte* á persona alguna, puédesse responder con citas tomadas de libros más antiguos que el *Quijote*, la primera de ellas del *Fuero Juzgo*:

«Daquel quien fizo el *omecilio*.» (Ley XIV, tit. V, lib. IV.)

«Que manda la ley del *omecilio*.» (*Fuero Real*. Ley IV, tit. III, lib. II.)

«Que manda la ley del *omecillo*.» (*Fuero Real*. Ley IV, tit. III, lib. II.)

«Que manda la ley del *homecillo*.» (*Fuero Real*. Ley IV, tit. III, lib. II.)

Varia la ortografía, mas la significación queda intacta, y dedúcese que la gente rústica seguía, en los días en que se escribió el *Quijote*, diciendo *homecillo* en vez de *homicidio*, porque, más conservadora en punto á lenguaje, se atenia al uso de los eruditos en las pasadas centurias.

«Yo no sé nada de *omecillos* ni en mi vida *le caté á ninguno*», vale tanto, en sentir de Calderón, como: «Yo no sé nada de *odios*, ni en mi vida le he tenido ni guardado á *ninguno*».

Menos absurdo que el de *procurar* parece este significado que se da al muy obscuro del verbo *catar* en el pasaje que comentamos.

Nuestros diccionarios derraman poca luz para orientarnos en esta materia. Más rico el de Cervantes, el del *Quijote*, leemos en él estas significaciones:

«*Cátate* ahí caballero.» (I, 21.)

vida le caté^a á ninguno: sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto.

a. ...le tuce á ninguno. ARG. 2.

«Y, cuando menos me *cato*, asoma por acullá... otro caballero.» (I, 31.)

«Se arroja en mitad del bullente lago, y, cuando no se *cata* ni sabe dónde ha de parar, se halla en unos floridos campos.» (I, 50.)

«Y, cuando menos se *cata*, se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó.» (II, 1.º)

«Apeóse D. Quijote para *catarle* las heridas.» (II, 28.)

«Tenga paciencia mi señora Dulcinea; que, cuando menos se *cate*, me verá hecho una criba de azotes.» (II, 59.)

«Hay físico que, con matar al enfermo que cura, quiere ser pagado de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedula de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y *cátalo* cantusado.» (II, 71.)

Después de tan largas citas, probado que existe disparidad de opiniones y que el *Diccionario* es deficiente en cuanto al sentido del verbo *catar*, ¿sería temerario decir, por ser el primer significado que en este caso se ofrece el menos avisado: «Yo no sé nada de *omecillos*, porque jamás hice ninguno?»

1. ...sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo. — Que á la Santa Hermandad toca, compete, entender en las causas á que dan origen las riñas ó muertes á mano airada que hay ó se cometen en el campo, tal es aquí la significación de *tener que ver*.

— Las tradiciones de la Hermandad vieja de Toledo, recogidas por Lope de Vega con notable escrúpulo de exactitud, con fidelidad casi *diplomática*, según frase de Menéndez y Pelayo; la Santa Hermandad, elemento sano de la vida nacional, y que en la Edad Media fué poderoso dique contra las tiranías y arbitrariedades, desafueros y rapiñas de salteadores grandes ó pequeños; no á de confundirse con la establecida en tiempo de los Reyes Católicos, que fué más regimentada y menos anárquica, pero también menos democrática, y es á la que se refiere Sancho, establecida para hacer justicia y perseguir á los malhechores. De la primitiva y eminentemente poética, dijo el gran Lope:

«En los montes toledanos — y en Sierra Morena hicieron
Mil escuadras de ladrones — los golfines bandoleros:
Asolaban los ganados, — mataban los pasajeros,
Destruían las colmenas — y saqueaban los pueblos;
Forzaban á las mujeres — como tiranos soberbios;
Y viendo que no podía — poner al daño remedio
Nuestro rey, los ciudadanos, — colmeneros y hombres buenos,
Levantaron una escuadra — de mil robustos mancebos;
Y por guardar nuestra hacienda — repartiendo en cinco puestos
Por escuadras, nuestra gente, — llevé á mi cargo doscientos,
Fuimos corriendo los montes, — y en lo más áspero dellos
Hallábamos los ladrones, — grande resistencia haciendo.
Aquí se prendían veinte, — allí treinta, acullá ciento,
Y sin pasar adelante — se hacia justicia dellos;
Que en los árboles colgados, — para mayor escarmiento,
Por blanco de nuestras flechas — asaetados se vieron.
Con este mismo castigo — murieron mil y quinientos;

— Pues no tengas pena, amigo^a, — respondió D. Quijote, — que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto más de las^b de la Hermandad. Pero dime por tu vida: ¿has tú^c visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir ni más maña en el derribar? 5

— La verdad sea, — respondió Sancho, — que yo no he leído ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que

a. ...amigo Sancho, respondió. TOX. =

b. ...cuanto más de la Hermandad. PELL.

— ...cuanto más de las de la Santa Her-

mandad. BENJ. = c. ...¿has visto más

valeroso caballero que yo. C. 1, L. 1, 2,

MAL., FK.

Limpiamos toda la tierra — y los montes de Toledo;
Hermandados á este fin, — los hermanos colmeneros
Propusimos ser hermanos; — y por que tuviese efecto
Nuestra hermandad levantada — fuimos al Rey, que, sabiendo
La causa de esta justicia, — la hermandad confirmó luego,
Dándonos para seguro — aqueste Real *prévilégio*,
Cuyas libertades justas — confirmó su mismo sello
Para su mayor abono; — y, pues es santo el intento
Y tú lo eres, confirma — de la Hermandad el derecho.

REY. — Leed el *prévilégio*: quiero — confirmar cosa tan justa.»

1. ...que yo te sacaré de las manos de los caldeos. — La alusión á Jeremias, uno de los cuatro profetas mayores, es notoria. En el cap. 32, «donde el Señor manda al Propheta que compre un campo durante el asedio de Jerusalem y que haga una escritura de dicha compra, no obstante que aquella tierra iba á ser desolada, y su pueblo cautivo», se lee:

«Yo entregaré esta ciudad en manos de los *caldeos* y en manos del rey de Babilonia, y la tomarán.» (v. 28.)

Y en el cap. 43, fingiendo que era otro quien le incitaba á profetizar tremendas catástrofes, se escribe:

«Mas Baruch, hijo de Nemias, te incita contra nosotros, para entregarnos en manos de los *caldeos*, para matarnos y hacernos llevar á Babilonia.» (v. 3.)

4. — ...¿has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer. — ¿Cómo se puede compadecer que, teniendo como tienen muchos á Cervantes por *ingenio* casi *lego*, por uno de los escritores menos académicos, se le dé al mismo tiempo el título de *Secretario* perpetuo de la lengua? ¿Cómo pueden ir juntos la incorrección, el escribir á vuela pluma, con el encanto y magia de su estilo? ¿Qué reparos ó tachas pueden ponerse á la hermosa gradación, á la exactitud en las ideas, á la perfección, redondez y armonía de este periodo?

Si tan bruñida manera de expresión fuere también propia de los que escriben al correr de la pluma, bien pudiera sembrarse de sal el campo de la retórica y admitir la sentencia de los que piensan que los trozos más bellos del *Quijote* se compusieron sin arte alguno y como de primera intención.

osaré apostar es que más atrevido amo que vuestra merced, yo no le he servido^a en todos los días de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es que se cure, que^b le va mucha sangre de esa^c oreja, que aquí traigo hilas y un poco de unguento blanco en las alforjas.

— Todo eso fuera bien excusado, — respondió D. Quijote, — si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran^d tiempo y medicinas.

a. ...yo no le servido. GASP. — ...yo no lo he servido. ARG._{1,2}, BENJ. = b. ...que se le va. CL., RIV. = c. ...de esta oreja. BR.₃, AMB. = d. ...se ahorrarian. TON.

7. ...una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas. — Del famoso gigante Fierabrás, cruel pagano y más tarde santo, se lee en el libro I de la *Historia caballeresca de Carlomagno*:

«Llegado Oliveros al lugar donde estaba Fierabrás, y viéndole estar á la sombra de un árbol desarmado y durmiendo, después de haberle mirado, le llamó diciendo: «— Levántate, pagano, y toma tus armas y caballo, pues tanto me llamaste, he venido para ver si eres tan feroz en los hechos, cuanto tienes la fama y el parecer.»

Fierabrás alzó la cabeza, y viendo un solo caballero no hizo caso de él, y volvióse á echar, y Oliveros le llamó otra vez; y Fierabrás le preguntó, «¿quién era, que tan simplemente venía á la muerte?»

Oliveros le dijo: «— Pagano, levántate y toma tus armas y caballo, y ven á la batalla, que no es hecho de caballero estar tendido en el suelo viendo su enemigo delante. Dices que yo vine á buscar la muerte, es muy cierto; mas la tuya, como verás presto.»

Y Fierabrás se asentó y dijo así: «— Osadamente hablas, aunque eres pequeño de cuerpo, y si tomas mi consejo, te puedes volver y así alargarás la vida, y si todavía porfias de hacer armas conmigo, cumple que me digas tu nombre, y la sangre de que descienes.»

Y Oliveros le dijo: «— Tú no puedes saber mi nombre hasta que sepa el tuyo.»

Y Fierabrás dijo: «— Quienquiera que tú seas, eres muy presuntuoso en tu hablar, y porque conozcas tu loco atrevimiento, te quiero decir quién soy. Yo soy Fierabrás de Alejandria, hijo del grande almirante Balán, y soy aquel que destruyó á Roma, y mató al apostólico y otros muchos, y llevé todas las reliquias que hallé por las cuales habéis recibido tantos trabajos y tengo á Jerusalén y el Sepulcro donde fué puesto vuestro Dios. Dime, caballero, ¿cómo no envié Carlomagno á Roldán ú Oliveros, de quien tantas hazañas he oído, ó, quién eres, ó en qué erraste á Carlomagno que así te envié aquí, como quien envía un cordero al carnicero? Yo te juro á los dioses en quien creo, que, por tu buen habla y parecer, tengo lástima de tu mocedad. Toma mi consejo, vuelve á Carlomagno, y dile que me envíe seis de los Doce Pares, que juro al poder de los dioses, de esperarles á dar la batalla.»

Y Oliveros le respondió: «— Pagano, no te cures de tanta plática y dilación, que si tú no te levantas, hago juramento á la orden de caballería, que, aunque me sea feo, tengo de herirte, y hacerte levantar mal de tu grado.»

Y dijo el pagano: «— Dime, pues, tu nombre antes que me levante.»

— ¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? — dijo Sancho Panza.

— Es un bálsamo, — respondió D. Quijote, — de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la

Y dijo Oliveros: «— Yo me llamo Guarín, pobre hidalgo, nuevamente armado caballero, y esta es la primera cosa en que sirvo al emperador mi señor.»

Y poniendo la lanza en el ristre hirió al caballo con las espuelas, fingiendo de herirle, y del salto que dió se le abrió una llaga que tenía en el muslo, y salió gran copia de sangre; de tal manera, que vió Fierabrás salir la sangre por entre las armas, y le preguntó si estaba herido, y de dónde procedía aquella sangre. Oliveros le dijo que no estaba herido, y que la sangre procedía del caballo, que era duro de las espuelas. Y viendo Fierabrás que salía por las junturas de las armas, le dijo: «— Por cierto, Guarín, tú no dices verdad, que no puedes negar que tu cuerpo no esté llagado, y decirte he cómo sanarás en un punto, aunque más llagas tuvieses: llégate á mi caballo, y hallarás dos barrilejos atados al arzón de la silla llenos de bálsamo, que por fuerza de armas gané en Jerusalén, y de este bálsamo fué embalsamado el cuerpo de tu Dios cuando le descendieron de la cruz y fué puesto en el sepulcro; y si de él bebes, quedarás luego sano de tus heridas.»

Oliveros le dijo: «— Pagano, cumplido de razones más que de hechos, no tengo cura de tu brebaje, y si no te levantas, como á villano te haré dejar de hablar y despedir el vivir.»

Y Fierabrás le dijo: «— Esa no es cordura, Guarín, y creo que te arrepentirás si en batalla entras conmigo.»

2. — Es un bálsamo... de quien tengo la receta en la memoria. — Olvidándose quien de su abolengo, del quem latino, quiso, al venir á tierra de Castilla, se le llamase qui.

«Ca qui tal cosa faz... Aquel á qui el llamare.» (*Espejo de todos los derechos.*)

Renunciando luego á tener personalidad propia, se confundió con el que.

«Traidores del señor con que iban á...» (*Fuero Real.*)

Y, por fin, cuando alcanzó derecho de ciudadanía, cuando se denominó quien, dió nueva idea de su genialidad negándose á obedecer los preceptos de nuestra santa madre... la lengua, y, en vez de ir en busca de los plurales y solicitar de ellos amistoso concierto, tuvo, y ha tenido durante siglos, el mal gusto de quedarse estacionado en los dominios del singular, aun cuando su antecedente le diga á voces que, en tales casos, su puesto de honor sea el plural.

«Llamaron hombres sabios, astrólogos y astrónomos, y hombres de la corte sabidores de cosmografía, de quien se informaron.» (A. BERNÁLDEZ. *Historia de los Reyes Católicos.*)

Envanecido con el hecho de que plumas afamadas se valieran de él en singular, aun cuando sus antecedentes le reclamasen en plural, hizo alarde de inaudita rebeldía, empeñándose en servir de representante lo mismo de personas que de cosas y animales irracionales.

«Dieron en ser golosas y pocos días se pasaban sin hacer mil cosas á quien la miel y el azúcar hacen sabrosas.» (*El celoso extremeño.*)

«Otros muchos hurtos contaron, y todos, ó los más, de bestias en quien son ellos graduados.» (*Coloquio de los perros.*)

«Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron el nombre de dorados.» (*Quijote*, I, cap. 11.)

muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna; y, así, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que, cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, ^a bonitamente la parte del cuerpo que
5 hubiere ^b caído en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajalla ^c igualmente y al justo; luego me darás á beber solos dos tragos del ^d bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana.

a. ...acontecer, tomar bonitamente. TON. = b. ...hubiera caído. V. 1. 2. = c. ...encajallo. C. 1. 2. 3. L. 1. 2. V. 1. 2. BR. 1. 2. 3. MIL.,

A. 1. 2. BOW., PELL., ARR., GASP. — ...encajarlo. AMB., MAI. — ...encajarla. TON. = d. ...tragos de bálsamo. BR. 1. 2.

Con todo, en sentir de Bello, *quien* no se limita hoy tan estrechamente á *personas* que no se refiera algunas veces á *cosas*, cuando en éstas hay cierto color de personificación, por ligero que sea. Así, nada tienen de chocante á nuestros oídos estos versos de Rioja:

« Á ti, Roma, á *quien* queda el nombre apenas;
Á ti, á *quien* no valieron justas leyes... »

Ni aquellos en que dice Ercilla, hablando de la codicia:
« Ésta fué *quien* halló los apartados
Judíos de las antárticas regiones... »

Sabida la historia del vocablo, ¿qué les queda á los reprochadores de Cervantes como blanco de censura?

2. ...cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer. — En la memoria de los pocos aficionados con que cuentan hoy las producciones caballerescas, están, á no dudarlo, infinidad de lances que, evocados vagamente por D. Quijote para que sirviesen como de advertencia á su escudero, nos afirman en la opinión de que la finísima sátira de nuestro Valera contra Bowle y Clemencin no pudo ser tan cerrada ni absoluta que excluyera, no ya la posibilidad, sino el hecho indubitable de que en más de un momento acudiesen á la mente de Cervantes ideas y recuerdos que de la lectura de las sobredichas obras conservaba con más ó menos frescura, para no decir esclava fidelidad.

Empapado en cuanto había leído, buscó, es cierto, el lado ridículo é inverosímil de muchas de las escenas análogas á este pasaje que allí se narran, tales como las que se cuentan de Reinaldos de Montalbán y del Caballero del Febo, entre otros héroes y paladines.

Cuando D. Quijote ata el caballo á un árbol, no es, como dice el insigne crítico, porque se acordase el novelista que lo mismo había hecho antes éste y aquél caballero. Sin embargo, el *suele acontecer* lo tenemos por algo más que vaga reminiscencia.

Alardeando de erudición, que, si no merece gran alabanza, tampoco ha de censurarse, los citados comentadores traen gran copia de citas en comprobación de que, si no todos los hechos que en ellas se mencionan, de algunos, al menos, debió de acordarse el ilustre complutense, pues son muchos, en verdad, los que hablan de lances parecidos al de que aquí se trata.

— Si eso hay, — dijo Panza, — yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa, en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza, adonde quiera, más de á dos reales; y no he menester yo más para
5 pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle ^a.

— Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, — respondió D. Quijote.

— Pecador de mí, — replicó Sancho; — pues ¿á qué aguarda
10 vuestra merced á hacelle ^b y á ^c enseñármelo?

— Calla, amigo, — respondió D. Quijote, — que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte. Y por ahora curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera. »

Sacó Sancho de las alforjas hilas y unguento; mas, cuando D. Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y, puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo, dijo: « — Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y á los santos cuatro ^d Evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que
15 hizo el grande ^e Marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fué de no comer pan á manteles, »

a. ...costa el hacelle. GASP. — ...el hacerle. MAI. = b. ...merced á hacerle. A. 1. PELL., MAI. = c. ...y enseñármelo?

ARG. 1. 2. BENJ. = d. ...y á los cuatro santos Evangelios. TON. = e. ...hizo el Marqués de Mantua. TON.

15. ...mas, cuando D. Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio. — Pensó perder el juicio vale tanto como creyó perder el juicio, estuvo á punto de..., estuvo á pique de...

19. ...de hacer la vida que hizo el grande Marqués de Mantua. — Así como, de entre las producciones caballerescas, las de Feliciano de Silva eran las que le parecían mejores, así también diputaba por mejores, los romances referentes al Marqués de Mantua, de cuantos hechos relata el romancero de héroes paladines.

Ya en el cap. 5 recuerda este romance y ahora vuelve á mencionar con motivo del juramento que hace el Marqués al ver á su sobrino Valdovinos, herido por la alevosa mano de Carloto.

21. ...que fué de no comer pan á manteles. — Juiciosamente hace observar Clemencin que « comer sin mantel en la mesa era señal de luto y de duelo, como de quien come sin buscar el placer ni el aseo ». Así vemos que, en el romance á que alude nuestro novelista, dice:

« Juro por Dios poderoso — por sancta Maria su madre
Y el Sancto Sacramento — que aquí suelen celebrare,